

Prensa especializada también para la escuela

Carmen Navarro Romero
Directora del periódico *ESCUELA*

No se debería analizar el papel y la importancia de los medios de comunicación en la educación sin reconocer desde el principio que no estamos ante un único tema, sino que en este caso se deben tratar muchas y distintas áreas de interés al mismo tiempo. En primer lugar, es natural dividir los medios de comunicación entre generalistas y especializados. Esta división tiene una enorme importancia por el tipo de información que se ofrece en cada uno, sus públicos, intereses y tareas. Borrat (1989) señala que “el periódico socializa cuando se propone influir políticamente sobre su audiencia y cuando no tiene este propósito; cuando forma a sus lectores tanto como les informa o entretiene”. La prensa especializada actúa como uno de los principales agentes socializadores, dando forma a la identidad social de la comunidad — como ocurre con el resto de agentes educativos—, puesto que ayuda a difundir valores, comportamientos y creencias que le son comunes.

Dada su lógica, los medios masivos de comunicación —salvo singulares excepciones— basan su interés en lo novedoso de la información, es decir, en su impacto más inmediato. De manera popular estaría más relacionado con “el hombre que muerde al perro” que con “el perro que muerde al hombre”. La conocida como “agenda educativa” o cómo se construye la información implica marcar qué es noticia, cómo se elabora, para quién y para qué se escribe. Esta agenda suele seleccionar las malas noticias, las que detallan un conflicto, construyen una excepción o recogen una información de tipo “macroeducativo” que alude a muchos lectores, no sólo a los profesionales educativos u otros miembros de la comunidad escolar. Esta tendencia es fácilmente detectable en todos los medios de comunicación. A todos nos vienen a la mente informaciones sobre dificultades de convivencia en los centros, violencia, acoso o, también, sobre deficiencias en la formación del profesorado. Ese tipo de noticias “venden” y aseguran la atención de colectivos más amplios que el educativo. Carbonell y Tort (2006) escribían acerca de la relación de desconfianza mutua que existe entre los medios de comunicación y la educación y del recelo — bastante justificado por cierto— de la comunidad educativa ante el tono

y la amplificación de ciertos temas que conciernen al ámbito educativo. En los últimos años observamos cómo los temas educativos —en especial los señalados anteriormente— aparecen con mayor frecuencia en los medios de comunicación generalistas, habiendo desaparecido de las secciones periódicas de “Educación” para englobarse en “Sociedad”, mezcladas con noticias de otro calado. Esto es resultado no del crecimiento desmesurado del grupo de adolescentes acosadores sino de la situación en la que se encuentra la educación pública. Informes PISA, exámenes de competencias, reválidas... La opinión pública se interesa por estos instrumentos de medición porque se les hace creer que hay una relación automática e inmutable entre el éxito escolar de nuestros hijos y la proliferación de aquellos. “Un cerdo no engorda por pesarlo”, escribía Richard Gerver en su sección mensual en *ESCUELA*. Por supuesto, los resultados que se resaltan de esas evaluaciones suelen ser los negativos, los que nos apuntan como “campeones mundiales de la repetición escolar” o nos sitúan en el escalafón más bajo de los rankings educativos. Y los que vivimos y trabajamos dentro de la comunidad educativa sabemos que esa imagen sesgada y poco favorecedora no es la realidad de la vida en los centros educativos, en las escuelas; no obstante, afecta de manera notoria a nuestra imagen social y a lo que percibe el alumnado y los padres y madres. En una reciente encuesta en nuestro país, la profesión de docente aparecía como una de las más valoradas, hecho que contrasta cuando se examina el resultado de otra encuesta en la que preguntados padres y madres sobre qué profesión desearían que desempeñasen sus hijos, la

de docente no ocupaba lugares precisamente predominantes. Esa es la contradicción: en nuestra sociedad se valora la profesión docente pero si es posible que nuestros hijos no elijan esa carrera profesional.

Por otro lado, y como nos recordaban Carbonell y Tort (2006), hay una lista de temas educativos que se excluyen de manera habitual o que tienen poca cabida en los medios, pero que es cuantitativa y cualitativamente significativa: “Los saberes en las distintas áreas; los modos de enseñar y aprender;



las aportaciones de nuevas investigaciones e innovaciones educativas; la atención a la diversidad en los centros; las desigualdades educativas; el éxito escolar del alumnado; el currículum oculto; la Formación Profesional y las prácticas en las empresas; las Escuelas Infantiles; la Educación de las Personas Adultas; los derechos y responsabilidades de los diversos sectores de la comunidad educativa; la vida cotidiana de los centros; las medidas para mejorar la convivencia escolar y la calidad de la enseñanza” (p.23).

La escuela es, además, un atractivo campo de batalla para que los grupos políticos muestren sus intereses partidistas. La labor de acoso y desgaste se ejerce claramente desde el periódico y la razón no está necesariamente en el interés objetivo de la noticia sino en la propia agenda política del periódico. Basta recordar de qué manera se han interpretado los distintos estadios por los que ha pasado la aprobación de la LOMCE o el tema de la religión en la escuela. Al final, padres y madres —y más de un docente— se sienten desconcertados por los diferentes sesgos informativos que les llegan y se preguntan cuál es la información y la opinión sensata y más cercana a la realidad. En esta “jungla” viven bien acomodados opinadores convertidos en expertos, cualquiera de los que colabora habitualmente con un periódico o participa en una tertulia radiofónica y que haya pasado por la experiencia escolar se siente especialista en temas educativos, dando lugar a párrafos como el que escribe Antonio Gala en un artículo titulado, no azarosamente, “la mala educación” en el Mundo (1999) “Confieso no saber casi nada sobre las leyes que rigen nuestra enseñanza, del grado que sea. Pero conozco sus escalofriantes resultados. Los alumnos son prácticamente analfabetos desinteresados por dejar de serlo”. Es sorprendente la simplicidad con la que desde esta “élite intelectual” se abordan los problemas educativos y cuesta imaginar esa “fluidez opinativa” en otros ámbitos profesionales como el Derecho o la Ciencia.

El periódico *ESCUELA*, que actualmente dirijo, o la revista *Cuadernos de Pedagogía*, incluida en el departamento de publicaciones del que también soy responsable, son publicaciones profesionales en las que trabajamos de forma paralela al desempeño de maestros y maestras. Esto nos permite trabajar con la actualidad, pero también con el día a día y con cuestiones de fondo que marcan el pulso diario de los centros. Nuestra comercialización está basada en la suscripción, con lo cual la presión sobre el llamado impacto informativo es menos

relevante que en publicaciones que se adquieren en el quiosco. No nos influye de manera inmediata en la posibilidad de aumentar las ventas de las publicaciones. De forma habitual, trabajamos en los márgenes y espacios en los que las publicaciones generalistas no entran, justamente en la lista de temas que recogía, líneas más arriba, del texto de Carbonell y Tort. Asiduamente recogemos informaciones sobre la política de Administraciones educativas, sobre proyectos de centros con cierta relevancia, tendencias que consideramos importantes, además de los efectos de las nuevas legislaciones y normativas en diferentes ámbitos de la comunidad educativa (dirección, inspección, docencia, alumnado y familias). Hacemos entrevistas a personas de relevancia en el mundo de la educación y esa relevancia no la establecemos a

partir de la consideración de “expertos” o “responsables de”, sino en muchas ocasiones —y justamente por eso— como docentes con poca notoriedad que están llevando a cabo trabajos o actividades que impactan en el proceso de aprendizaje y que transforman la vida del centro señalando, además, caminos interesantes para el resto de la profesión. En el caso de *ESCUELA* nuestra situación es comparable a la de puente entre varias orillas. No tenemos el carácter transversal de otras publicaciones, como *Cuadernos de Pedagogía*, ni nos dirigimos a un sector concreto de la comunidad educativa como *Organización y Gestión Educativa*. Por otro lado, el contar con una red de corresponsales en todas las Comunidades

Autónomas, así como para el ámbito nacional e internacional, nos permite ofrecer una información comparada, muy del agrado de los docentes, quienes gustan de conocer las condiciones laborales, dificultades y logros de sus compañeros en otras zonas geográficas. Informar sobre lo que acaece en la vida educativa de todo el Estado permite ofrecer una visión de conjunto de un mismo evento. Creemos necesario que se den múltiples actuaciones informativas y de opinión alrededor de un mismo tema, lo que en otras publicaciones generalistas no se contempla. En esa manera de poner el “foco” es posible analizar de manera más detallada cómo se está llevando a cabo la implantación de algunos aspectos de la LOMCE en las diferentes autonomías, la forma en que unas enfatizan unos ámbitos de actuación y otras no, etc. Nuestro objetivo es mostrar a nuestros lectores cómo se hacen las cosas en los centros docentes en otras partes del territorio y de qué manera los conflictos se viven y desarrollan de manera bien diferente. Nuestra relación con las Administraciones educativas, con los sindicatos y organizacio-



nes de familias no es especialmente relevante. No pasa de un rutinario recoger notas de prensa o del seguimiento de acontecimientos singulares (elecciones sindicales, inicios de curso, resultados de pruebas educativas o posicionamiento ante determinadas situaciones). En la redacción cuidamos mucho, porque creemos que ese es “nuestro corazón”, la información que nos llega de los centros educativos, de las escuelas. Y con tristeza reconocemos que no es demasiada. Somos nosotros desde *ESCUELA* quienes debemos salir a buscarla, avisados por nuestros corresponsales o por alguno de nuestros numerosos colaboradores, o bien al detectar alguna actividad de interés por parte de cualquiera del equipo que asiste a unas jornadas o que sigue algunas tendencias que consideramos relevantes. El tiempo en que los maestros venían físicamente a la redacción del periódico a conocer su destino en el Concurso de Traslados o llamaban, enviaban artículos, cartas, experiencias queda hoy muy lejano. No es tarea de las escuelas contactar con los medios de comunicación para “dar a conocer” su actividad cotidiana. Es, y debe ser así, el esfuerzo del periodista de acercarse a los protagonistas de la información de donde parte la autenticidad, los temas relevantes y que más puedan preocupar a un maestro o maestra. Y es también lo que nos diferencia de los medios generalistas. Pero también es real esa desconexión de la escuela con lo que culturalmente le era cercano, como las publicaciones especializadas.

Nos importa, y mucho, la valoración que los docentes pueden hacer de una publicación como el periódico *ESCUELA* y ésta la recogemos a través de los propios colaboradores que son maestros, profesores, directivos o inspectores en activo y en las múltiples ocasiones en que coincidimos con docentes en congresos, eventos, mesas redondas, presentaciones de experiencias y un largo etcétera. No obstante, y como escribía al principio, los educadores no están en demasiada sintonía con la prensa en general, y aunque muchos de ellos nos “indultan” al reconocernos durante casi 75 años como un medio especializado al que le tienen cariño, lo cierto es que los medios de comunicación están, estamos, en crisis, casi ya de manera permanente. Ahora se trata no sólo de la quiebra económica sino también de la de “valores”, entendidos estos como los valores que deben guiar nuestra labor: de qué se informa, para qué se informa, para quién ha de informarse, qué es el derecho a la información y la libertad de expresión, etc. Hay ocasiones en que está muy claro y otras, que sucede justamente lo contrario. Los grandes medios, ya lo dijo Juan Luis Cebrián hace algunos años, están muertos, no hay más que ver las cifras de venta.

Las relaciones con la escuela son, me atrevo a decir, de doble naturaleza. Por una parte y con cierta lógica, de sospecha. La prensa suele entrar como un elefante en una cacharrería. Esta se mueve deprisa dentro de un ámbito que lleva un ritmo distinto, más lento, en el medio plazo. Se busca la foto fija, la instantánea de un deve-

nir que no es fácil resumir en unos cuantos caracteres. Maestras y maestros —como la inmensa mayoría de la sociedad— no se acaban de fiar de los periodistas. Tienen miedo de que se tergiverse lo que dicen o a quedar “peligrosamente” expuestos ante la comunidad. Por otro lado, notamos la reacción contraria, las muestras de respeto, de colaboración y de confianza. Nuestra naturaleza de medio especializado favorece esta relación. Nuestra máxima es convertir al periódico más en un servicio público (que nunca ha dejado de ser), pero mirando no tanto a la “alta política” y sí más al reconocimiento de la docencia. Iluminar, dentro de nuestras posibilidades, la labor que cientos de profesionales están haciendo cada día. Este cambio leve, pero certero, hacia las maestras y maestros con nombres y apellidos que se esfuerzan y consiguen levantar generaciones enteras de niños y niñas, nos ilusiona.

Es en ese paisaje en el que nos sentimos cómodos y satisfechos profesionalmente. Por supuesto, con muchos retos por delante. El primero, el de cerrar semanalmente una publicación con un volumen de información y análisis bastante grande; después llegar a nuestros lectores ya a través de distintas vías: el periódico en papel, la web y las redes sociales, puesto que el acceso actual a cualquier información no puede obviar ninguno de estos caminos. Por otro lado, sentimos auténticamente que somos altavoz de buenas prácticas, de experiencias y de maneras de actuar eficaces que repercuten en el aprendizaje de niños y niñas y que también inciden sobre la mejora de la calidad educativa. En esta tarea no nos falta compromiso personal ni ideológico: hacemos lo que hacemos porque estamos convencidos de un principio que a fuerza de repetirse parece un poco manido, pero sí, creemos que “la educación puede cambiar el mundo” y viendo cómo rueda este últimamente, es necesario apoyarla desde todos los frentes posibles. En eso estamos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BORRAT, H. (1989). *El periódico, actor político*. Barcelona: Gustavo Gili.
- CARBONELL, J. y TORT, A. (2006). *La educación y su representación en los medios*. Madrid: Morata.
- CEBRIÁN, J.L. (1989). Los media en la educación. En: *La educación post-secundaria ante la sociedad del conocimiento y de las comunicaciones. Documentos de un debate*. Madrid: Fundación Santillana. III Semana Monográfica.
- SERVER, R. (2014). “Un cerdo no engorda por pesarlo”. *Escuela*.
- GALA, A. (1999). “La mala educación”. *El Mundo*.